

LAS REALIDADES TERRENAS

El libro de Metz, «Teología del mundo», da para más de un comentario, porque mi impresión —demostrada por mis múltiples contactos a través de conferencias, cursillos y coloquios— es que vivimos todavía los católicos en una profunda confusión de ideas y actitudes a propósito de las relaciones de la religión con el mundo y la sociedad moderna.

Este mundo y esta sociedad que están emergiendo, pero que todavía sólo empezamos a vislumbrar, quieren tener una autonomía, una auto-suficiencia que antes no tenían. Nosotros, los creyentes, lo repetimos de palabra; pero muy difícilmente corresponde nuestra actitud mental y práctica a nuestra expresión verbal.

Somos de los que difícilmente comprendemos lo que es la radicalidad, la revolución copernicana de que hablaba Kant en el nuevo modo de pensar del mundo moderno y contemporáneo.

Queremos avances —unos moderadamente y otros abiertamente—, pero estos avances quedan siempre frenados por un cierto temor reverencial a los esquemas religioso-sociales o religioso-humanos que provienen de otra época y de otra cultura, y que fueron los que adquirimos durante nuestra educación religiosa.

Algunos —muy pocos— se han liberado de ellos; pero son bastantes menos de los que creemos.

Por eso pienso que el contacto, el trato y el diálogo con los ateos convencidos y maduros le es muy útil al creyente, sobre todo de nuestro país. Porque adquirirá —en esta convivencia amistosa— la convicción de que muy probablemente estos hombres apartados de lo religioso se han construido un mundo personal y externo más adulto que el que provenía de nuestra educación de signo aparentemente católico.

Todo es porque en la enseñanza que recibimos desde niños se mezclaron en confusa unión dos cosas muy diferentes: la fe, que es apertura a la acción universalmente redentora de los hombres y de todas las cosas emprendida por Jesús, y una serie de ideas contingentes y superficiales producto de otra época cultural subdesarrollada, que venían disfrazadas de un hábito religioso.

Al comprender que el mundo empieza a bastarse a sí mismo, y que hay hombres que realizan esta autosuficiencia, no hallamos los creyentes ante un nuevo problema, que nunca existió con la extensión y permanencia que hoy tiene. El mundo que considerábamos sometido siempre a lo religioso y a los efectos semimágicos de la oración da un salto brusco y verdaderamente alentador en una circunstancia en donde ha desaparecido socialmente esta actitud religiosa antigua y anacrónica.

Empezamos a darnos cuenta de que la redención anunciada por el fundador del cristianismo no es una redención idealista, sino una redención que está en «todas las cosas», como decía San Pablo («ta panta» decía en griego). No es una redención que viene de un «deus ex-machina» desde fuera, sino que está en la entraña misma de todo.

La técnica y la ciencia son productos internos del hombre y de las cosas actuales, y han de ser instrumento de redención social e individual.

Y para eso no hemos tenido los hombres actuales que apartarnos de las cosas mismas, como hacían los antiguos monjes, sino todo lo contrario. Acercándonos a ellas y respetándolas en su dinámica propia, en sus leyes constructivas, hemos descubierto el camino hacia la liberación, hacia un mundo más justo, más humano, más libre y más pacífico.

Y a esto le llamaría yo, cuando reflexiona sobre ello por cualquier hombre, «teología del mundo» o «teología política». Y creo que Metz no estaría muy lejano a pensar lo mismo.

En cambio, llamó mala teología del mundo o mala teología política aquella que parte de las ideas culturales de otros tiempos, queriendo extraer, de fuera de los hombres y de las cosas mismas, una norma que las gobierne y las oriente alienándolas.

Esa es la razón por la que Metz descubre que la vida actual

lanza un nuevo reto a los creyentes: dar un testimonio social de nuestra propia fe. Pero un testimonio vital, no un testimonio que atenace nuestra libertad de hombres sin dejarles espontaneidad verdadera. Entonces, cuando el cristianismo sea de verdad vida espontánea sin mediatizaciones exteriores, es cuando podrá coincidir con los anhelos humanos y socializadores que empiezan a descubrirse en nuestro tiempo. Y la ejemplaridad ya no será algo que quede en las nubes de la pura abstracción de un héroe individualista y poco imitable, sino de un héroe que sea el hombre corriente lleno de entrega a su preocupación por la sociedad del porvenir, no creyendo ingenuamente que cualquier oración semimágica o cualquier acción «tapagujeros» sustituye o aventaja a este proceso redentor y liberador que inició el Evangelio y plasmó la revolución copernicana del pensamiento y la sociología científica del siglo XIX y XX.

Superaremos entonces ese dilema que existe entre el desarrollo individual y el desarrollo social, entre el hombre personal y el hombre genérico. Y llegaremos, influyendo en la renovación de la sociedad y de sus costumbres, y no solamente en el de las instituciones o de los individuos, a una armonía que encuadre espontáneamente lo social y lo personal, cosa que hasta el momento apenas han conseguido los hombres de nuestro siglo.

No le convence a Metz la llamada «teología de las realidades terrenas» —que a mí siempre me pareció un nuevo y sutil clericalismo—, porque esta sedicente teología aprisiona nuestro pensamiento y nuestro actuar de seculares, teniendo que ser el especialista-teólogo quien nos diga lo que tenemos que opinar y que hacer los cristianos acerca de las cosas mundanas. Esto es lo que le ocurrió al famoso teólogo belga Gustavo Thils cuando escribió el libro que lleva ese mismo nombre.

Tampoco le convence a Metz la progresista apertura al mundo que se parece demasiadas veces a otro nuevo intento oportunista de dominarlo, concediéndole —eso sí— multitud de cosas, pero estando atento a no dejarlo que se escape de nuestras manos eclesiásticas y eclesiales. Eso es lo que hizo el teólogo germano A. Auer, alguno de cuyos libros han sido editados en estos años como gran novedad progresista.

A muchos nos van pareciendo demasiado conservadores y demasiado dominantes estos ensayos aparentemente abiertos que han hecho hasta ahora los católicos, porque —en el fondo— dan un «no» a la «secularización» del mundo, y lo hacen de una forma o de otra y con más o menos habilidad, pero en el fondo siguiendo el esquema teocrático de la cultura de otros tiempos.

Hay, en cambio, que aceptar totalmente y sin restricciones esta autonomía y esta originalidad de las cosas de este mundo moderno, de esta mayoría de edad de la sociedad futura y de esta independencia en la constitución misma del mundo y de su desarrollo. Y saludar nuestra época como un tiempo de posible liberación por haber hecho este descubrimiento, que está —como dijo en 1963 Pablo VI— en la raíz de la libertad, igualdad y fraternidad que descubrió germinalmente el cristianismo, pero que los cristianos en la historia nos ocupamos de esconder o de no realizar. Y que incluso la teología progresista no ha comprendido bien del todo, porque no ha respetado suficientemente en la práctica estos valores, porque siempre les pone un cuadro de cortapisas —más o menos alegantes y abiertas— que se llaman una Iglesia gran institución democrática o una apertura al mundo gobernada por ellos con un cierto exclusivismo, olvidando el necesario advenimiento del hombre espontáneo y de una sociedad horizontal.

Y para conseguir este pensar y esta actitud radicalmente abiertas a nuestro mundo, pienso que no habría más remedio que organizar cursillos de «lavado de cerebro» para los católicos, que quiten de nosotros temores, tabúes y frenos sentimentales que nos impiden dar el salto hacia el verdadero futuro humano, hoy iniciado por la ciencia física, la antropología y la sociología.

MIRET MAGDALENA